

seamos dignos de sus gracias y merecedores de su proteccion. Al salir la aurora, Jacob tuvo iluminado el entendimiento y fortalecido el corazon contra los asaltos de la concupiscencia; y por medio de María tendremos un vigor capaz de triunfar de todos los enemigos del Infierno, y recibiremos una luz que nos hará llegar á los magníficos tabernáculos del Paraiso, que á todos deseo.

NUESTRA SEÑORA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ne declines: confortavi te, et auxiliatus sum tibi.

No te desvíes: pues yo te he confortado, y te he auxiliado.

(ISAÍ. X, 41, 10.)

La sabiduría mundana suele tildar de exageraciones y de hipóboles cuanto dicen los cristianos acerca del Patrocinio de María. Insensible á las suavísimas enseñanzas de la fé y á los preciosos recuerdos de tradiciones respetables, no sabe en su orgullo inclinarse á creer, que la Reina de los Ángeles haya atendido en todo lugar y tiempo á nuestras miserias, y que la augusta Emperatriz del Paraiso se ocupe con solicitud maternal en socorrer, en las más difíciles circunstancias, las almas fieles que invocan su proteccion. No obstante, los hechos tienen más eficacia que las palabras; y aquellos mismos que se obstinan en no creer lo que ha llegado á sus oídos, no pueden siempre negar lo que ven con sus propios ojos. Hé ahí, hermanos míos, porque debiendo hoy, con motivo de la fausta alegría de estas pompas devotas, hablaros de María, saludada con la amorosa invocacion de Auxilio de los Cristianos, no aduciré otras pruebas que las sacadas de hechos notables y gloriosos. En verdad, fueron estos hechos los que en sus adversidades indujeron á los cristianos á dirigir ardientes súplicas á su generosa Bienhechora; fueron estos hechos los que les impulsaron á invocarla con un título, que encerraba todo cuanto esperaban y obtenían de la misma, el título de Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum*.

Cuyo título, celebrado ya en aquella corona de conmovedoras y sublimes invocaciones, conocida con el nombre de Letanía lauretana, y repetido de continuo con mayores aplausos por los nuevos y admirables prodigios obrados por la proteccion de María á beneficio del pueblo cristiano, así como es el objeto de la presente festividad, nos

anuncia, igualmente, por sí mismo el asunto de este panegírico. Debiendo, pues, hablar de esta protección, me ceñiré á recordar tan solo algunos de los muchos hechos dignos de religiosa meditacion y que se hallan registrados en los Anales de la Iglesia; no dudando que serán suficientes para demostraros, que quien confía verdaderamente en María, se ampara á firme roca de la cual no será arrojado. Saludemos ántes á la Virgen con las palabras del Ángel: A. M.

Pasando en silencio lo que hizo María desde los primeros días de la existencia de la familia cristiana, cuando constituida Madre de los Apóstoles y de los fieles levantaba á los caídos, confirmaba á los vacilantes, consolaba á los afligidos; y dejando aparte su protección manifestada en tiempos de los mártires, cuando infundía valor y ánimo á aquellos héroes para defender resueltamente la ley de Jesucristo, frente á frente de la ferocidad del paganismo; bastará, refiriéndome al siglo XIII, recordar á grandes rasgos la historia de aquellos días. Fué aquel un siglo de luto y de dolor para el pueblo cristiano. Por una parte, extendiéndose audaces y astutos los promulgadores de máximas perniciosas, oscurecían las inteligencias; por otra, el amor á los placeres mundanos, insinuándose en la multitud, seducía á los corazones; y al paso que no faltaban filósofos y teólogos que, introduciendo en la Religión un espíritu de excesiva curiosidad, arrastraba á sus discípulos á deplorables ilusiones. Abundaban, igualmente, hombres entregados á todos los vicios, quienes cobijando muchos sectarios bajo el estandarte de la corrupción, hacían olvidar el espíritu del Evangelio. En este estado, los Maniqueos, que infestaban ya el Languedoc, y que de la ciudad de Albi, donde se encontraban multiplicados extraordinariamente, tomaron el nombre de Albigenses, salieron á desgarrar de mil modos el Cristianismo. Extremando su audacia, á consecuencia de la ignorancia y la relajación de costumbres, que en aquellos tiempos habían traspasado los límites ordinarios, declamaron contra el Clero, atacaron los sacramentos, se mofaron de las ceremonias sagradas, negaron la divinidad de Jesucristo, y se pusieron en abierta lucha contra los dogmas del Paraíso, del Purgatorio y del Infierno. Desparramados por la Provenza, Borgoña y Flandes, ébrios de ardimiento y de osadía satánica, extendieron sus monstruosos brazos por la Europa; y no satisfechos de esparcir con la palabra sus heréticas blasfemias, acudieron á las armas. Al celo de los Obispos, á los cánones de los Concilios, á las sentencias de los Pontífices, protegidos por el conde de Tolosa, opo-

niendo un ejército de millares combatientes, emplearon toda especie de violencia y toda suerte de excesos para obligar á los cristianos á la apostasía, ó condenarlos á muerte. Parecía como que se verificase en la Iglesia, durante aquellos calamitosos tiempos, lo que dijo Jeremías de Jerusalén, cuando veía desiertas sus calles, á los sacerdotes derramando lágrimas, y envueltas en negro manto las vírgenes; rotas y esparcidas por las plazas las piedras del Santuario, y reinar un silencio de muerte en aquellos mismos lugares, en los cuales un día resonaban alegres cánticos acompañados de mil cítaras.

¿Quién podrá, pues, en su impetuoso curso detener el devastador torbellino? ¿Quién tendrá valor para vencer en una lucha que hace estremecer aún á los más animosos? ¿Quién podrá salvar á los cristianos perseguidos con tanta saña, principalmente, en aquel momento en que no les cabe esperanza alguna de verse libres por parte de los hombres de tantas angustias, y vueltos á los suspirados tiempos de la alegría? Aguardad un poco, hermanos míos, y vereis de dónde viene el socorro, qué mano es la que se encarga de la defensa, y como la Virgen, hija de Sion, sacudida la ceniza que cubría sus hermosos cabellos, toma de nuevo los espléndidos vestidos de la alegría!

Retirado en humilde celda el Patriarca Santo Domingo, en el reducido recinto de aquellas mudas paredes desahogaba con gemidos su ánimo consternado, y en la efusión de sus lágrimas rogaba elevando el corazón al Cielo. Veía á la Francia entregada al error, á la España contaminada por la heregía, á la Italia corrompida por los apóstoles del vicio, propagarse en todas partes y triunfar la impiedad. Afligido sobremanera por la horrible escena que se ofrecía á sus ojos, volvía á la oración; y elevando los ojos al Cielo, en el cual tenía puesta toda su confianza, aguardaba que se renovasen á favor del pueblo fiel las antiguas maravillas. Mas hé aquí que se le aparece María. Bella como cuando con su angélica sonrisa enamorara el corazón de Dios, amable como cuando dió su consentimiento á la obra por la cual debía ser redimida la humanidad, y magnánima como cuando se presentara ante el Universo, teniendo aplastada bajo sus piés á la serpiente infernal, le infundió valor; y generosa Virgen, tierna Madre y poderosa Bienhechora, le dijo: que Ella misma vendría pronto en socorro de los cristianos. ¿Ha hablado María? Pues no teman los creyentes! se obrarán tales prodigios, que silbarán los oídos de los impíos y se apoderará de los más audaces un imprevisto pavor.

En efecto; sobre los nevados collados de la Provenza vese un puñado de católicos, capitaneados por el conde Simon de Monfort,

próximo á medir sus armas con los numerosos escuadrones de los Albigenses; y mientras que éstos dirigidos por el conde de Tolosa se entregan á todo género de licencias, alentados aquéllos por las palabras de Domingo, ponen toda su confianza en María. Durante la noche inmediata al conflicto entregábanse á la crápula los Albigenses, mientras que los católicos acudían á la oracion; los Albigenses entonan canciones obscenas, los católicos rezan el Rosario. Al paso que los impíos, seguros de la victoria, prorumpían en fieros insultos, los devotos fieles, preparándose para la encarnizada lucha, aguardaban algun hecho gloriosísimo que sirviera de testimonio evidéntísimo de la proteccion de María. Al rayar el alba, el conde de Tolosa, dando el grito de guerra con su numeroso ejército, arrojóse á herir, matar y destruir... ¡Ah! ¿qué hará aquel insignificante ejército de católicos acosado, asaltado y herido por una hueste enfurecida? ¿Qué harán aquellos pocos soldados perseguidos y alcanzados? No temais, grita Domingo desde lo alto del monte: María nos protege; quedaremos salvos. Cuanto más adelantaban los Albigenses, blandiendo en la mano las terribles espadas, la rabia en los ojos y la blasfemia en la boca, cuando creían salir vencedores: no temais, grita el piadoso Simon de Monfort, confiemos en María y saldremos triunfantes; y, en efecto, vencieron: María trocó en héroes á aquellos tímidos combatientes; en vano la heregía trató de levantar su orgullosa cerviz, pues, fué aplastada de suerte, que concluyó la jornada saliendo vencedores los católicos; y los promulgadores y defensores de la heregía, mordiéndose los labios de rabia, tuvieron que confesar, que María es verdaderamente el auxilio de los cristianos.

Otra prueba para demostrar nuestro aserto, y muy parecida al que acabo de referir, la hallamos en la estupenda batalla librada en medio de las aguas de Lepanto. El Islamismo, en el siglo xvi, amenazaba llevar el exterminio á la cristiandad. El feroz Selim II, con la cimitarra en una mano y el Alcorán en otra, conducía á sus falanjes para enseñorearse de los lugares santificados por el Cristianismo; y ya fuese por el recuerdo de sus antiguos triunfos ó por la conocida barbarie de aquella armas, su solo nombre infundía temor y espanto en todos los ánimos. Precediale una formidable flota de trescientas naves bajo la enseña otomana, de manera, que á su vista se desanimaban los más valientes y temblaban los soldados acostumbrados á señalarse en colosales empresas. Salieron asimismo del Adriático, osando meterse en aquel encuentro, velas Iberas y Venecianas; acudieron á la fiera lucha intrépidos soldados é invictos capitanes; pero

ni éstos ni aquéllos eran bastantes para inspirar confianza á los aterrados ánimos. No obstante, cayó aquel fiero Thracio; aquel terrible enemigo, que hecho ya dueño de varias islas del Mediterráneo desafiaba á los cristianos, fué vergonzosamente derrotado. Teñidas de sangre infiel se encresparon las olas de aquel ancho golfo, fueron rasgadas las banderas musulmanas, y sumergidas en los abismos del mar las galeras turcas; y de tantos millares de hombres como se componía su ejército, apénas algunos, apelando á precipitada y desesperada fuga, pudieron llevar al soberbio Selim II la triste noticia de la derrota.

¿Y de qué manera el ejército fiel, de número inmensamente inferior al de los enemigos, pudo alcanzar una tan completa victoria? ¡Ah! Aquella entera derrota de los musulmanes fué obra de María. Bajo sus auspicios las naves cristianas hicieron frente á las del Bósforo: en su nombre, D. Juan de Austria, que las mandaba, haciendo voto de ir á visitar en persona su augusto santuario de Loreto, se empeñó animosamente en la lucha, implorando ántes el auxilio de María, para el próspero éxito de la armada católica; con solemnes procesiones; devotas cofradías por las calles de Roma imploraban su auxilio con los votos más ardientes; á su patrocinio acudió tambien, especialmente, el Pontífice Pio V; y María fué solícita en oír las súplicas del pueblo cristiano. La poderosa flota de los infieles fué desbaratada en el espacio de cuatro horas; allí donde retumbaba el cielo de bélicas imprecaciones, reinó profundo silencio y espanto; los turcos vencidos y los cristianos vencedores reconocieron en aquel hecho la mano de una extraordinaria proteccion; y el respetable Senado de Venecia, reconocido y agradecido por el obtenido beneficio, hizo escribir en sus registros, que vencieron, no por los capitanes, no por la fuerza, no por las armas, sino por la proteccion de María: *Non duces, non vires, non arma: sed Maria fecit nos victores.*

Si pudiese yo referiros aquí cuánto narran los Anales eclesiásticos de los consuelos debidos á la mano de María, y derramados sobre los que no tienen un afecto desordenado á las cosas terrenas, me vería obligado á componer no un discurso, sino una historia. El emperador Justiniano, con el auxilio de María, haciendo capitanear sus huestes por el valiente Narsete, derrotó á los godos enfurecidos contra los cristianos; el emperador Heraclio, con el auxilio de María, venció á los persas, que salidos ferozmente al campo contra los creyentes, amenazaban los más horribles acontecimientos; el emperador Leon II, con el patrocinio de María, libró su ciudad del yugo de los

Sarracenos, que la oprimían por todas partes. Cuando bajo los muros de Viena fueron derrotados doscientos treinta mil turcos, el vencedor atribuyó á María aquel triunfo; cuando Carlos V alcanzó una señalada victoria contra los ejércitos enemigos, dijo haber vencido por la protección de María; cuando Corfú vió correr lejos de sus muros á aquellos infieles que la tenían sitiada, entonó himnos de gracias á María, reconociendo en Ella á su Bienhechora. Así sucedió en Polonia, cuando Segismundo contó hasta cuarenta mil moscovitas tendidos en el campo, donde habían combatido gloriosamente; lo propio aconteció en Ungría, cuando Roberto de Engesbergs, con cuatro mil entre infantes y caballos, derrotó nada ménos que á veinte y cinco mil otomanos; y lo mismo acaeció en Servia cuando el valeroso Príncipe de Saboya, bajo los muros de Belgrado, derrotó un ejército de turcos muy superior á sus reducidas milicias. Si los campos de Pitervaradino y de Temendar aclamaron inmortales los nombres de los Eugénios y de los Carlos, repitieron con más fuerza el nombre poderosísimo de María, puesto que aquellos capitanes vencieron precisamente en los días consagrados á su festividad. Y si el Tibipo y el Savo con sus enrespadas olas elevaron alegre la voz por los alcanzados trofeos, la elevaron igualmente para celebrar las glorias de María, que en aquellas ocasiones se había mostrado prodigiosamente favorable al pueblo cristiano.

¡Oh tiempos! ¡oh triunfos! quedareis siempre grabados en el corazón agradecido de todos los fieles devotos; por todos los ámbitos del mundo católico se hablará de ellos; desde las orillas del Austro hasta los últimos límites del Septentrion, toda alma piadosa palpitará de santo júbilo con motivo de estos faustos recuerdos, y hasta las edades más remotas los ancianos derramando lágrimas de ternura contarán á sus hijos, recordando vuestra historia, cuanto de grande, de bello y de admirable hizo María á favor de la familia cristiana.

Pero no consiste todo en lo referido. La Providencia quería que al título con que saludamos hoy á la Virgen: Auxilio de los cristianos, le fuese dedicada una fiesta especial; y dedicada le fué. En la larga y dolorosa tribulación con que fué afligido acerbamente el corazón de Pío VII, éste no cesó de invocar á María. Asaltado con violencias, injurias y villanías; perseguido, desterrado, preso y llevado á través de los Apeninos y de los Alpes, en medio de tanta ignominia y peligro de la persona, el bondadoso Pontífice no se desanimó. Jamás pensó que le faltasen los necesarios auxilios; y más bien nunca fué tan fuerte como cuando en la propia debilidad, desamparado de socorros hu-

manos, arrojándose en brazos de la augusta Auxiliadora, sentía como la confianza le dilataba el corazón en medio de las universales torturas. Y no fué vana su confianza: cayeron las aguerridas huestes, que por doquier ostentaban las vencedoras águilas; cayó el poderoso capitán, que llevaba sus temidas armas desde las arenas de la Libia á las orillas del Báltico; cayó aquel coloso, ante el cual se postraban las naciones aterrorizadas, y desapareció cuanto había soñado, deseado y hecho.

El venerable Pastor volvió á dirigir su rebaño por en medio de públicos vítores, la tierra se conmovió maravillada ante aquel imprevisto cambio, se conmovieron los corazones más empedernidos, los enemigos de la Iglesia se trocaron en panegiristas suyos, los hijos del error se cambiaron en apóstoles de la verdad, y las personas piadosas se consolaron con motivo de aquel acontecimiento superior á las esperanzas humanas. Por consiguiente, si el ángel de las tinieblas salió del negro abismo á mover guerra á los Santos, y á pasar á saco la heredad del Señor; se vió también que hay Dios en Israel. Pues bien, hermanos míos, entónces se consideró aquella gracia obtenida por el patrocinio de María; y el Pontífice, que en la cautividad del destierro había acudido á Ella é implorado continuamente su auxilio, como en prenda de corazón agradecido y tierno testimonio de filial gratitud, quiso que todos los años se celebrase una fiesta especial, saludando á María con el nombre de auxilio de los cristianos.—*Auxilium Christianorum*.

Almas fieles, para comun consuelo de entre los innumerables hechos que podría referir, he escogido unos pocos, á fin de que vuestras almas cobren valor en el tiempo de las tribulaciones, con la esperanza de una indefectible maternal protección. María no cierra los oídos á los gemidos de los miserables; Ella no se cansa de socorrer á los atribulados, de consolar á los afligidos, de proteger á los infelices y de defender á los que se ven tentados. Confiando, hermanos míos, en Ella, que es nuestra amiga y nuestra Madre, hallaremos un poderoso socorro, un socorro constante, un socorro universal. Auxilio contra todas las angustias, que, cargando sobre vosotros, podrían debilitar en las obras buenas la vida del espíritu; auxilio contra todas las tempestades del Infierno, que se esfuerzan en disminuir el número de los fieles y llevar los extraviados á la perdición. Invoquemos todos los días con nuevo fervor á la Virgen, y todos los días tendremos nuevos motivos para decir, que Ella es, verdaderamente, el Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum*.